

REVISTA DE LIBROS

Un metafísico en tecnolandia. Realidad, conocimiento y acción bajo nuevos puntos de vista de MANUEL LIZ, Murcia, UNIVERSIDAD DE MURCIA, SERVICIO DE PUBLICACIONES, 2002, 355 pp., 8.00 €

Conviene adentrarse en esta obra como si de una narración se tratara, como si el personaje principal, que no coincide necesariamente con el punto de vista del autor del relato, iniciara un viaje que, como en las antiguas utopías, anuncia descubrimientos y nuevas realidades. Pocas obras dentro de la producción filosófica de nuestro país logran como ésta aunar la ligereza de la pluma con la profundidad de la reflexión; sin duda, Manuel Liz con *Un metafísico en Tecnolandia* consigue acercar al lector a una realidad en ciernes a través de las reflexiones del protagonista del viaje, un metafísico sobre el cual el autor lanza una mirada inquisitiva y comprometida. Importa, por tanto, más la configuración del personaje, los ecos lejanos que resuenan en su pensamiento o las emociones que impregnan sus valoraciones, incluso su estar en el mundo, que identificar un argumento, una serie de principios cuya defensa acomete el autor. El metafísico es un personaje soñado, alguien que provoca extrañeza y sorpresa, la misma que él siente ante la realidad. El metafísico es quien se extraña ante lo real.

Pero ¿en qué consiste ese mundo ante el cual el metafísico declara su extrañeza y admiración? Es un mundo artificial, un mundo de lo artificial. *Tecnolandia*, como todo lugar imaginario, tiene contornos imprecisos en el espacio, está aderezado de tintes y tonos casi míticos, pero al mismo tiempo es reconocido y experimentado como real, como muy real por el metafísico y por sus habitantes. Tecnolandia no es más que nuestro mundo contemplado *desde una perspectiva especial*. El metafísico no deja, en su camino, de sorprenderse por el tipo de realidad y de experiencia que se refleja al adoptar esa perspectiva. Y, desde un principio, no puede sino exclamar, convencido, sin tapujos: “la tecnología ha cambiado la sustancia del mundo”.

Si uno hace un recorrido por la historia de la metafísica no deja uno de constatar la escasa atención que se ha prestado a la ontología básica de los objetos artificiales. A pesar de las referencias constantes de Platón y Aristóteles al problema, observaciones que perduran en su interés durante la Antigüedad, son pocos los filósofos que han dedicado su reflexión a determinar cuál es la *esencia* de los artefactos. Más preocupados por la raíz antropológica de la técnica o por los impactos y consecuencias éticas y políticas de las intervenciones tecnológicas, sólo alguien no muy conocido como Derrida o las meditaciones heideggerianas han revivido cierto interés por la metafísica de lo artificial. La virtud del libro de M. Liz es retomar la tradición más clásica de la reflexión ontológica desde una perspectiva analítica, precisa y clara. Si la sustancia de Tecnolandia es nueva, ¿en qué consiste? ¿Cómo se distingue de la sustancia del mundo tal y como lo conocíamos? Recuérdese que el metafísico, y quizá con él el autor, no esté sino invitándonos a adoptar un punto de vista peculiar sobre las cosas mismas. Y es en este cambio de perspectiva en el que *se descubren* los objetos de Tecnolandia.

La distinción natural/artificial, una distinción sobre la que se pueden leer pocas cosas sensatas en la literatura reciente, es uno de los principales focos de atención del metafísico. Al tratarla, no se evitan los problemas. Más aún, el autor se adentra en sus

más profundas raíces. El lector quedará tan sorprendido como el metafísico al seguir el hilo de su argumentación. Incluso si uno acepta que la categoría básica para hablar de Tecnolandia ha de ser la de *novedad*, resulta aún extraño a nuestras intuiciones ontológicas el reconocimiento de *novedades en la estructura física del universo*. El metafísico no tiene miedo de atentar contra las intuiciones si el razonamiento férreo lo exige. La brillante exposición de las dificultades para insertar las propiedades de los objetos artificiales (identificadas como propiedades funcionales desde la perspectiva de diseño con la que miramos los artefactos) parece conducir a una renovación más profunda de la imagen del mundo como piramidalmente asentada en propiedades fundamentales de la física. El argumento parece afirmar que el único modo de insertar las propiedades artificiales en el mundo es destruir la imagen fundamentista de la metafísica científica. Sin abandonar el tono de narración y de ensayo que guía la escritura, el autor expone con claridad el dilema fundamental para la inserción de las propiedades funcionales en la realidad física. Si alguien gusta de las exposiciones en forma de tesis, el autor vendría a defender que las propiedades funcionales tienen eficacia causal (y por tanto realidad) sólo si existen *novedades físicas* y es falsa, por consiguiente, la imagen piramidal y fundamentista de la realidad.

Tecnolandia no sólo revela novedad en el terreno de las cosas; también se extiende en el dominio del conocimiento. A través de la tecnología, se han desarrollado nuevas herramientas para orientar una comprensión cognitiva del entorno. Retomando la clásica distinción entre ciencia y tecnología, el autor especifica las peculiaridades de ésta última bajo las categorías de modelo y de simulación. Mucho se podría decir de cada una de ellas. A M. Liz le interesa ante todo destacar el valor epistémico de los modelos a la hora de comprender un dominio de fenómenos y servir de guía para la acción. No cabe duda de que la tecnología no funciona mediante la aplicación de teorías; requiere guías más concretas. Si el uso de modelos a la hora de pensar sobre el diseño es un tema caro a las discusiones en filosofía de la tecnología, menos atención se había prestado hasta el momento al impacto que los modelos de simulación, formas muy desarrolladas y virtuales de experimentación y control artificial, están teniendo en la reorganización de las tareas de intervención técnica.

Pero el relato del metafísico no se detiene en una simple “fenomenología” de los métodos o procedimientos en el diseño de artefactos o las experimentaciones técnicas. Está más interesado por las consecuencias de estas novedades epistemológicas en la comprensión más coherente de la realidad del conocer mismo. Si los diseños se definen según intereses, valores y perspectivas particulares, algo parecido ocurre con las simulaciones. Y, si esto es así, dada la pluralidad de puntos de vista e intereses, ¿qué impide que nuestro conocer se vea sometido a una relatividad constitutiva? La discusión en torno al relativismo y el realismo se articula en este punto bajo las líneas putnamianas y pragmatistas que conforman el proyecto general del ensayo. La defensa del pluralismo bajo un compromiso realista se funda en un rechazo de precipitados argumentos relativistas basados en la inconmensurabilidad de paradigmas, prácticas, formas de vida o puntos de vista, o en la indeterminación respecto a su conexión con la realidad. El argumento de M. Liz esgrime la contingencia tanto de la inconmensurabilidad como de la indeterminación en el conocimiento a través de modelos para no convertir el pluralismo en relativismo; el relativista sólo podría motivar su punto de vista si la inconmensurabilidad o indeterminación fueran *necesarias*. Del hecho de que racionalidad y objetividad sólo sean locales o fijadas según valores y puntos de

vista particulares no se sigue necesariamente la relatividad irreconciliable de los contextos. Si el lector quiere adentrarse en estas profundidades, el metafísico le ofrece los materiales más adecuados para ello sin olvidar las tensiones y dificultades que surgen a la hora de defender una racionalidad cargada de valores e intereses.

Quizá el mejor modo de llevar a cabo esta defensa sea reconocer que es posible el debate racional sobre valores. Tecnolandia ofrece también novedades interesantes en relación al tratamiento filosófico de la axiología. El metafísico es, en este aspecto, más incisivo y certero en sus observaciones acerca del mundo del diseño y la artificialidad. En primer lugar, detecta el surgimiento de una categoría novedosa de fines, los que denomina *fines intermedios*, cuya condición de posibilidad está dada por la existencia de posibilidades tecnológicas en un contexto determinado. Quizá el metafísico no lo expresaría así, pero la novedad en los valores está en función de que ciertos intereses se conviertan en perdurables a través de sus *materializaciones culturales*. En Tecnolandia, la producción artificial contribuye a esta materialización de posibilidades de acción. El ideal regulativo de la intervención artificial en el entorno es la apertura de oportunidades, el enriquecimiento de medios materiales que incorporan posibilidades reales de acción.

En segundo lugar, el metafísico descubre que existen valores intrínsecos y que los valores intermedios pueden ser valores intrínsecos. Estos últimos serían aquellos valores que pueden ser valorados por cualquier persona en cualquier circunstancia, lo que equivaldría a pasar un test de universalidad. Tal propuesta estaría de acuerdo con un rechazo metafísico de la realidad de los valores en buena línea pragmatista, pero mantiene ambiguo su estatuto respecto a cómo podría pasarse el test de la universalidad, en especial para valores surgidos desde las oportunidades tecnológicas de un contexto. Algo sugiere la reflexión, valiosa en sí misma, sobre el fin intermedio de la *calidad de vida*. Si es un fin intrínsecamente valioso, ¿cómo se establecen las condiciones de su realización para que sean universalmente aceptables? Abogar de nuevo por el pluralismo no soluciona la cuestión, ya que la universalidad podría siempre verse amenazada. Pero M. Liz cabalga con comodidad y fluidez entre las incertidumbres de una posición difícil y sugerente que merecería una mayor atención, que aquí no puedo prestar.

Otros muchos temas sugieren una reconsideración de ya clásicas y vacuas distinciones entre racionalidad instrumental y de fines. Frente a las imágenes más unilaterales de una tecnología instrumentalmente racional, M. Liz propone la superación de lo que llama el “síndrome Nemo” y ligar las evaluaciones tecnológicas mismas a problemas sobre el valor intrínseco de los fines. Repárese en la peculiaridad de su defensa: el debate sobre tales fines no se deja en manos del moralismo o la política, crece desde la dinámica interna de una tecnología que contribuye a fijar nuevos fines (intermedios, con casi toda seguridad). Interesante es igualmente la prescripción de una completud de la racionalidad dentro de su estructura limitada. Nada paradójico hay en suponer que nuestra racionalidad está sometida a limitaciones impuestas por nuestra búsqueda, pero que en este terreno ya delimitado se propugne una completud de la misma.

El metafísico que nos propone M. Liz en su viaje por Tecnolandia —recuérdese que es el verdadero protagonista y quizá también el objeto mismo de la narración— es un personaje imaginativo. Nos sugiere la presencia de novedades físicas, de innovadoras herramientas en la comprensión de la realidad y de nuevos valores y fines a nuestro alcance. No está exento de duda el intento por insertar en la imagen del mundo nuevas propiedades físicas; puesto que, aunque uno estaría dispuesto a admitir nuevos

efectos físicos como resultado de la combinación de propiedades causales ya existentes, más contraintuitivo parece abogar por que a estos nuevos efectos correspondan nuevas propiedades con eficacia causal. Aunque tendería a aceptar que el pluralismo no conduce sin más al relativismo, me resulta aún difícil estar completamente de acuerdo con los argumentos esgrimidos a lo largo de la obra. Y, sobre todo, el esfuerzo por dotar a la tecnología de una capacidad generadora en el terreno de los valores, como una fuerza de experimentación y de creación imaginativa, no debería verse empañado por las dudas que puedan surgir respecto a la compatibilidad del pluralismo y la universalidad de los fines y valores intrínsecos. No obstante, la virtud del metafísico cuyo viaje compartimos durante apasionadas y comprometidas páginas de relato es dejar abiertos los problemas para una mejor reflexión. El lector quedará sin duda atrapado en las dificultades, tendrá que exponerse al esfuerzo de pensar con el metafísico un nuevo mundo en el que podrá encontrarse sin más al volver su mirada a los objetos más cotidianos de su existencia, a una Tecnolandia en ciernes de la cual somos todos responsables presentes y futuros.

Jesús Vega Encabo

Universidad Autónoma de Madrid

Dpto. de Lingüística, Lenguas Modernas, Lógica y Filosofía de la Ciencia

Campus de Cantoblanco, Ctra. de Colmenar Km. 15 - 28049 (Madrid)

E-mail: jesus.vega@uam.es